

Y... existía una; Josselin lo presentía, como durante la noche presiente el marino la proximidad de las rocas por los movimientos de su barco.

Germana no podía haber cambiado tanto sin una causa.

¡Ah! Si aquel hijo de salvajes hubiese sabido dónde estaba su adversario, hubiera puesto en práctica las lecciones que le daban, cuando era pequeño, los piemonteses que se mataban como perros á navajazos por una palabra malsonante, ó por gusto, como los duelistas de la plaza Real y de Marion Delorme.

Estaba envuelto en una intriga cuyos hilos eran tan finos que no se distinguían.

Ignoraba qué mano tejía aquella tela, semejante á la que hace una araña en un rincón del techo, olvidada por la escoba de una criada Perezosa.

En cuanto al propósito de ese rival, estaba claro.

Lo que quería era Germana, su Germana, que era suya; esa criatura de tez pálida, ojos lánguidos, húmedos, de formas correctas, que ya no se veía sino á lo lejos en la galería, entre flores y telas, arrastrando su traje negro por la alfombra con movimiento armonioso.

Germana le negaba los goces de sus conversaciones íntimas, sus sonrisas, todo, en fin; y de día inclinado sobre sus libros, ó de noche en su cuarto solitario, se dirigía continuamente esta pregunta:

—¿Por qué? Pero ¿por qué?

Una noche que entraba en su casa desolado, abatido, sin saber á qué santo encomendarse, al

pasar por delante del cuchitril de la portera, á quien hablaba muy raras veces, oyó la voz de la señora Joseph que le decía:

—¡Señor Josselin!

XV

DONDE YAGO DESCORRE UNA PUNTA
DEL VELO

LA antigua portera del hotel de Rochebonne era brusca, pero tenía todavía algo de buen corazón bajo su traje de algodón rayado, de una irreprochable limpieza.

La gustaban los cuentos, los chismes, como á toda buena portera digna de ser tal; pero ¿qué otras distracciones podía tener, encerrada en su cajón? Todo el horizonte de la señora Joseph consistía en un rincón de la calle de Vaneau. Esta calle estaba tan desierta como el Sahara, cuya vegetación no tiene ni vigor ni encanto.

La señora Joseph se interesaba por su inquilino, aun cuando, hasta en sus momentos de felicidad, Josselin reservaba sus expansiones de buen humor para sus camaradas.

Parecía que la antigua criada de Rochebonne le agradecía al muchacho su actitud reservada y sus aires de gentilhombre, tan acordes con su figura. La señora Joseph le consideraba como un reflejo de las personas que había conocido y admirado en otros tiempos.

No siempre había tenido sesenta y cinco años, y conservaba en los rincones de su memoria imágenes grabadas que le recordaban mucho la fisonomía caballeresca y altiva del cajero.

Cuidaba el cuarto del joven, y á veces dejaba este cuidado á la mujer que la ayudaba á barrer y fregar la escalera, algunos días á la semana.

Le repasaba la ropa y le hacía toda clase de pequeños servicios, por diez francos al mes.

El desdichado llegó á la calle Vaneau en uno de esos momentos en los cuales **confiaría uno sus penas á los árboles, ó á un buey si se está en el campo, ó á un mendigo si se está en un camino.**

Que la portera le llamara, fué un bálsamo para sus heridas. Le pareció que la voz ronca de la portera era armoniosa y suave, y la escuchó con **tanto agrado como si hubiera oído á una contratista de la más melodiosa voz.**

Entró en la portería, un pequeño saloncito **alumbrado** por un brazo de gas, con una alcoba muy oscura, cerrada con cortinas de damasco verde de seda muy ajada ya. Era evidente que procedían del deshecho del mobiliario de Rochebonne.

Dos butacas de terciopelo de Utrecht, verdoso, bastante bonito, y dos mesas completaban el mobiliario de este recinto, en el que se adivinaba el recuerdo de una opulencia abandonada por los amos á los criados.

La casa de la calle Vaneau era muy antigua y pertenecía á los Rochebonne desde tiempo inmemorial. Es una especie de hotel, que en un principio debió ser casa de recreo, construída en el tiempo de Enrique IV, en pleno campo y que permanecía en pie por efecto de la casualidad, á pesar de las transformaciones del barrio.

Todo en ella tenía un sello especial, distinto de las demás casas.

Confiársela á la guarda de la señora Joseph era darle una prueba de confianza, porque la casa era casi un objeto de arte.

—¿Qué quiere usted, señora Joseph?—preguntó el joven.

—Nada; hablarle.

—¡Ah!

—Sí. Ya no se le ve; pasa usted como un rayo. Siéntese un momento.

Josselin no se hizo de rogar. Por fin iba á tener frente á él una cara humana. En su cuarto estaba entre cuatro paredes, como un preso, y la soledad aumenta los pensamientos sombríos.

—Señor Josselin, me preocupa usted—dijo la vieja á su inquilino cuando éste se hubo sentado en una butaca, colocándose cómodamente.

—¿Por qué, señora Joseph?

—Porque ha cambiado mucho. Se ha vuelto usted raro. Está mudo como un pez. No se le oye. ¿Quiere que le diga una cosa? Tiene usted aires de enterrador. Me figuro que le pasa algo, y el pañuelo del otro día debe significar...

—¡El pañuelo! ¿Qué pañuelo?—preguntó el cajero.

—¡Es verdad que no sabe usted!... Éste—señaló á Yago que estaba en una silla y que escuchaba atentamente,—este chico le seguía por casualidad, hará próximamente un mes. Era muy tarde. Recogió el pañuelo en la acera y entró para devolvérselo, creyendo que le había usted perdido. Vi que no era el suyo y le guardé en mi cajón. ¡Una perfumería, señor Josselin; está lleno de perfumes, y muy buenos!

Luego prosiguió:

—He visto que no era el suyo, á menos que una duquesa tuviera ciertas bondades para usted.

Le enseñó una corona que había bordada en una de las esquinas del pañuelo.

El cajero miraba menos la batista del pañuelo que la fisonomía del negrillo.

Yago vestía su librea de *groom*.

No era fácil olvidar aquella cabeza cuyos ojos muy blancos resaltaban sobre la piel bronceada.

Josselin se preguntaba dónde había podido encontrarse aquel mono.

De pronto se fijaron sus ideas. Recordó su paseo de Chantilly, y su regreso por la noche. Había visto que aquel tipo tan feo le seguía.

Creyó que tenía en su poder uno de los hilos del enigma que le preocupaba.

—No hay ninguna duquesa que piense en mí, señora Joseph—dijo.

—¿Por qué no? Es usted guapo, sabio. Debía haber sido militar. Las mujeres se volverían locas por usted. Les gustan mucho los pantalones encarnados.

—Sí, pero soy un empleado de un almacén, y las mujeres no se ocupan de nosotros. Necesitan uniformes con galones, los atrevimientos de los húsares...

—¿Por qué habla mal de las mujeres, señor Josselin? ¿Qué le han hecho?

El cajero se mordió los labios y no contestó.

Sí que le habían hecho daño, ó al menos, por causa de una, sufría cruelmente.

—Está triste; alguna pena—continuó la portera;—ya lo había yo notado. No lo puede ocultar. Salta á la vista. Yo he observado una cosa.

—¿El qué, señora Joseph?—dijo Josselin.

—Pues que los hombres no están tristes más que cuando pierden su dinero ó les preocupa una mujer.

—Es usted muy perspicaz, señora Joseph.

—Gracias. Usted no ha perdido dinero.

—No lo tengo.

—Es tan económico como una hormiga y tiene un buen destino en casa del señor Bouret, el rey de los hombres, según dicen, pues yo no le conozco. Entonces es una mujer la que le contraría, ¿verdad?

—Puede ser.

—Una de esas señoritas del almacén. Dicen que las hay muy bonitas. Yo nunca puedo ir á verlas. Pero su vecina la señora Ladureau, la del tercero, asegura que las hay preciosas. Y entiende de eso la señora; porque, aunque tiene aire tan digno, se sabe que, cuando era joven, fué muy amiga de divertirse, á pesar de no haber sido una gran cosa. Yo, si fuera hombre, en vez de ir á dar en manos de esas mujeres pintadas y feas, me pasearía por los almacenes de la ciudad de Pekin, ó de la Campana de Oro, y escogería entre las más bellas. Las daría todo lo que quisieran; pero, entre nosotros, le diré que los hombres son como los carneros: por donde va uno van todos. Se van tras de una escoba con tal de que vayan bien vestidas, y que tengan brillantes, sortijas, brazaletes, adquiridos ya se sabe cómo, pagados por unos y otros cuando los pagan, mientras que esas pequeñas son sencillas modistas muy amables con la gente, y la educación siempre es agradable.

Josselin opinó como la señora Joseph, pero in-



Le enseñó una corona que había bordada en una de las esquinas del pañuelo.

teriormente pensó que las chiquitas sencillas y modestas hubieran llamado á la señora Joseph su *Callot*.

—Lo que yo digo, ¡los hombres no lo entienden!

—Según—dijo Yago desde su rincón. Tenía sus ideas.

—¿Por qué según, negrilla?—dijo la portera.

—Los hay que hacen lo que usted dice.

—¿Conoces á alguien?

—Sí.

—¿Quién?

—El señor duque, por ejemplo.

Josselin levantó la cabeza. ¿El señor duque? ¿Qué duque? ¡Conque había un duque que andaba detrás de las señoritas de San Germán!

—¿Qué duque?—preguntó en voz alta.

—Es verdad—dijo la portera.—Este extracto de hombre está en casa del señor duque de Rochebonne, nuestro propietario.

—¿Y qué más?

—Según parece, el duque hace la corte á una de las señoritas del Bazar de San Germán.

—¿Cómo es el duque de Rochebonne?

—Como su difunto padre: rubio, distinguido, pero con muy poca vida por delante.

—¿Alto?

—Bastante alto.

—¿No hará próximamente un mes que fué un día á Chantilly?

—¿Oyes, Yago?—dijo la señora Joseph.

—No sé—dijo el indio.

—Aunque lo supiera no lo diría, señor Josselin. Estos salvajes son tan callados como los confesores. Puedes hablar, negro. ¿Qué le importa al

señor Josselin que tu amo vaya ó no á pasarse á casa del señor Bouret?

—No lo sé—repitió Yago.

Pero el cajero ya tenía la certeza. Aquel viajero tan elegante, que había hablado á Germana en el vagón, no podía ser más que el duque de Rochebonne.

Josselin recordó que aquel día había visto al *groom*.

—Pero hace un mes, un domingo, estaba usted en Chantilly—dijo el cajero.—Parece que le estoy viendo; debía usted seguirme, por casualidad, ¿es claro!

Yago alzó los hombros y se acurrucó en la silla, y, semejante á un gato que refunfuña, dijo:

—No lo sé.

—Sí, puesto que has traído el pañuelo—dijo la portera.

Esta vez Josselin le miró con fijeza. El negro hizo como un esfuerzo de memoria, abrió mucho los ojos y meneó la cabeza.

Eso fué todo.

El cajero examinó el pañuelo.

Vió la corona sobre estas iniciales, G. R. Este indicio le chocó. Era el duque de Rochebonne el que estaba en Chantilly. ¿Pero por qué se ocuparía de él? Eso era lo que no podía comprender.

Lo que sí estaba muy claro era que el duque perseguía á Germana.

—¿Es suya esta casa?—preguntó.

—Ésta y muchas más.

—¿Vive?...

—Lo debe usted saber, todo el mundo lo sabe: en ese hotel que tiene un jardín, cerca del hotel de Luynes.

—¡Ah, sí!—dijo Josselin maquinalmente, donde se ven árboles tan bonitos.

—Exactamente.

—¿Está casado?

—Sí, por cierto, está casado.

—¿Con quién?

—Con una italiana, la mujer más bonita de París, la señorita Giuseppina, hija de la princesa de Trani.

—¿Por qué no dice usted del príncipe Trani?

—¿Qué quiere usted? Tengo mi concepto formado: se puede estar seguro de la madre. Los Trani no eran ricos, pero sí de una gran familia, tipos magníficos. Siempre con los ojos en el dinero. Y el duque tiene trigo para hacer moler su molino. Es la dulzura personificada. El retrato de su padre. Cuando se le mete un capricho en la cabeza, no desiste de él. Pero se cansa en seguida. Además es gracioso, simpático y generoso como un rey.

—Ella no es lo mismo que él.

—No hable usted mal de ella, pues este ogro le devoraría. Adora á su señora; yo no la conozco mucho. Cuando el señor duque se casó, José ya se había muerto; entonces me retiraron á este nido, un miserable retiro; pero el duque me da una pensión además.

—¿Entonces es muy rico?

—¡Rico!—ya lo creo. Tiene casas en París, castillos, bosques, haciendas, prados y dinero. El difunto duque era muy sencillo. Daba mucho, pero gastaba poco, y dejó muchas economías. No tenía más hijo que Fernando, que era muy enfermizo. ¡El temperamento de su madre, que murió muy joven!

Josselin ya no escuchaba. Estaba muy satisfecho de haberse detenido en la portería. Tenía la seguridad de que el duque de Rochebonne era su rival. De ahí provenían las dudas y las negativas de Germana. Ahora sabía hacia dónde dirigir sus pasos. Había hecho mal en acusar al señor Perrolet. El mal venía de otra parte. ¡Quizá estuviera á tiempo todavía!

Las costumbres de la muchacha no habían cambiado.

Todos los días llegaba á su hora, más bien antes, tan sencilla como siempre. Se marchaba con sus compañeras, sin prisa ninguna.

Solamente se advertía en su fisonomía cierta expresión de cansancio. No se reía como otras veces.

Con toda seguridad, en su interior se libraba un combate. Pero él la hablaría. No podía descender tanto como pertenecer á un hombre casado, como el duque de Rochebonne, que, no pudiendo hacerla su mujer, procuraría hacerla su amante.

Si se hubiera atrevido, hubiera ido á verla al momento, pero era muy tarde. Sería ridículo, y además no le recibiría.

Estaba absorto en sus pensamientos cuando la portera le preguntó:

—¿Es bonita esa pequeña, señor Josselin?

—Sí—contestó maquinalmente.

—¿Rubia ó morena?

—Rubia.

—Tiene usted buen gusto. El hombre debe ser moreno, la mujer rubia. ¿En qué se ocupa?

—En trabajar, lo mismo que yo.

—¿Se llama?...

—¡Ah!, no la puedo nombrar: más tarde, veremos. Buenas noches, señora Joseph. Tengo que madrugar mucho.

Se fué después de saludar con la cabeza; la portera le dijo amistosamente:

—¡Buenas noches, señor Josselin, buenas noches!

Cuando le oyó subir la escalera y cerrar la puerta de su cuarto, la portera se volvió hacia Yago, que se levantaba torpemente y se disponía á salir.

—Es discreto. Tiene razón. Además, ¿qué nos importan á nosotros los asuntos de los demás?

—¿Quiere usted saber su nombre?—dijo el *groom*.

—¿Le sabes tú?

—¡Ya lo creo! Se llama Germana.

—¿Es bonita?

—¡Preciosa! Si no, no se ocuparían de ella.

—¿Buena?

—¡Bah!

—¿Qué sabes tú?

—Lo mismo que los demás.

—¿Estás seguro, mala pieza?

—¡La chica de una tienda! ¿Cree usted que no se sentirá halagada por la distinción?

—¿Te lo ha contado ella, mal hombre?

—No. ¿Pero no tengo ojos? ¿Cree usted que me los dejo en casa cuando voy á flanear por ahí? ¡Yo he visto lo que he visto, señora Joseph!

—¿Y qué has visto?

—He visto á la chica en un coche con mi amo. ¿Cree usted que iban á oír un sermón á las nueve de la noche?

La portera hizo un gesto, que indicaba muy claramente que el caso era grave.

—Entonces comprendo que mi inquilino tenga mal humor. Por eso está tan triste desde hace algún tiempo.

—¡Él! ¡Ni se lo figurará! ¡Son tan listas las mujeres! Se burlan de los hombres, y hasta los más listos se dejan engañar.

—¡Y es verdad lo que dice este chico!—dijo la portera levantándose.—Vamos fuera, turco; ya es hora de meterse entre las sábanas.

—Buenas noches, señora Joseph.

Y Yago salió silbando como un mirlo.

Cuando estuvo á alguna distancia, murmuró:

—Después de todo, ¿á mí qué me importa?
¡Que se arreglen!

XVI

UN MARIDO MAQUIAVÉLICO

YAGO contó fielmente á su ama lo que había sucedido la víspera.

La duquesa estaba contenta. El cajero vigilaría á Germana. Era saboyano, con mezcla de piemontés, y debía ser celoso como un tigre. Giuseppa los conocía, eran casi compatriotas. El montañés impediría las entrevistas del duque y su amada. Esas gentes son despiertas, decididas, y no retroceden ante ningún obstáculo. Para cosas de amor tienen la sangre ardiente.

Giuseppa se frotó las manos. Esta aventura de Fernando aumentaba el amor que le tenía. Los celos producen esos efectos. No quería que se lo

quitasen. Esta naturaleza vehemente se acomodaba á la del pálido heredero, más débil en apariencia que en realidad.

Germana iba á encontrar grandes obstáculos. Josselin estaba advertido; por el momento no era menester nada más.

El duque afectaba estar más abatido que de costumbre. Estaba tumbado en una *chaise longue*. Parecía que iba á desfallecer y su languidez se complicaba con una especie de indiferencia.

Al almorzar tenía muy buen cuidado de poner entre él y su mujer una muralla de periódicos. Aquel día había doblado *La Unión*, que parecía demasiado ligera, y había desplegado *El Tiempo*, cuyo papel era más fuerte y grueso, limitándose á contestar á varias preguntas de la italiana con frases breves é insignificantes. Después subió á su cuarto, para fumar tranquilamente un cigarro habano.

Sentado en el balcón, á la sombra de un toldo rayado de blanco y azul, contemplaba con su indolencia eterna los frescos macizos de geranios, de verbenas y de rosas. El esplendor de las orquídeas y de las tuberosas le daban á aquel rincón el aspecto de una *serre* que completaban algunas plantas exóticas, hábilmente colocadas.

En el momento en que el duque sacudía por la barandilla del balcón la ceniza de su cigarro, oyó el ruido de unas faldas, y Giuseppa, con traje muy ligero, abierto en lo alto, se acercó á su butaca.

La duquesa, con sus trenzas negras que caían cubriendo á medias su nuca, sobre la cual juguetaban algunos rizos; los labios de púrpura húmedos, los ojos brillantes, sus dientes que resplan-